

entre las cenizas y escombros de aquel otro Belchite, malherido y triturado en 1937 por un sanguinario mordisco de las facciones del Frente Popular. Franco había llegado al año siguiente y allí, ante ruinas humeantes, entre las cuales yacían asesinados españoles de toda edad y condición, tomó dos resoluciones: avanzar hacia el mar dislocando la resistencia roja y prometer la construcción de una ciudad más amplia y más hermosa. El voto ha sido cumplido y consagrado en 1954, con ceremonias cívicas y religiosas, ante un vecindario que recordando, renacía, y poseyendo, lloraba. Belchite ha resurgido bajo la gestión de la Dirección General de Regiones Devastadas, organismo dependiente del Ministerio de la Gobernación, y era de ver el entusiasmo de mozos y ancianos, acercándose al Jefe del Estado, diciéndole a boca de jarro con la rudeza característica de las gentes de Aragón, su fidelidad y su gratitud. Afloraban patéticas memorias a labios y pupilas. Recordábase que ni uno solo de los sitiados del antiguo Belchite quedó ileso. Los que no perecieron fueron heridos, los que no fueron heridos perdieron la salud. Sedientos, los defensores reclamaban un agua que se había agotado. Y como lápida conmemorativa de la gesta se conserva aún en la iglesia, que los invasores utilizaron como cárcel, cierta inscripción que, protegida por una pequeña urna de cristal, recuerda la muerte de un requeté que, seguro de que le fusilarían, escribió en la pared, firmando con su nombre y apellido, este epitafio prematuro: «Aquí murió por Dios y por España...»